

estimaban á Alemania, cuya lengua hablaban tan bien como el francés y en donde en parte se educaron. Ambos creían que el Rhin podía correr pacíficamente entre pueblos cuya mutua prosperidad sería una prenda de concordia y de progreso para el mundo entero.

Hay que hacer al príncipe Napoleón la justicia de afirmar que siempre se mostró opuesto á la idea de una ruptura entre Francia y Alemania, y si hubiera estado en París en 1870, quizás no se habría declarado la guerra.

En cuanto á Napoleón III, si en 1857 se proponía combatir á Austria para hacer que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático, se puede asegurar que no le pasó por las mientes la idea de una guerra contra Prusia y los Estados secundarios de Alemania. La fatalidad fué la que le arrastró á ella trece años después.

VII

LA SITUACIÓN INTERIOR

La situación interior de Francia era casi la misma en 1857 que al principio del segundo Imperio. Aun cuando los antiguos partidos estaban reducidos á la impotencia, habían conservado sus convicciones y habíanse logrado pocas adhesiones, pero la gran mayoría del país continuaba fiel á Napoleón III. La alianza del gobierno y del clero seguía siendo íntima. El emperador se guardaba de dejar presentir sus proyectos respecto á los italianos. Los intereses generales no sufrían menoscabo, y á excepción de unas cuantas personas más perspicaces que las demás, nadie preveía las aventuras y las complicaciones del porvenir.

Todos los republicanos honrados desaprobaban los manejos criminales de Mazzini y de sus adeptos. Se recogían, y sin fomentar ningún disturbio, aguardaban los acontecimientos.

El partido legitimista permanecía inmóvil en la majestad de sus principios. El conde de Chambord había cometido la falta de prohibir á todos los legitimistas el juramento al Imperio y de apartarlos así de la vida política en la que habrían podido adquirir experiencia y prepararse un papel importante. Nadie podía explicarse por qué el príncipe que había permitido á sus partidarios prestar juramento á Luis Felipe, les prohibió que lo prestaran á Napoleón III, y cerrándoles así el acceso á todo cargo público y á todo mandato legislativo, los convirtió, por decirlo así, en emigrados en el interior. Esta desacertada decisión anuló el partido legitimista, si no desde el punto de vista social, al menos desde el político.

Fuera de esto, hasta que estalló la guerra de Italia, el conde de Chambord no criticaba las ideas del emperador, que habrían sido poco más ó menos las suyas si hubiera reinado. Gustábale la Constitución de 1852, y la habría aplicado de buen grado á la sombra de la bandera blanca. Decía que estaba decidido á mantener el sufragio universal, y no le parecía mal ver que en Francia regía una ley de imprenta más severa que la que había sido, si no causa, por lo menos pretexto de la revolución de 1830.

Añadamos que el abandono de los proyectos de fusión entre las ramas mayor y menor de los Borbones había introducido la discordia en el conjunto del partido realista, dividido contra sí mismo. La duquesa de Orleáns no se creía

autorizada á comprometer el porvenir de su hijo. Legitimistas y orleanistas conservaban su fe política y sus tendencias distintas.

El respeto al parlamentarismo subsistía principalmente entre los antiguos servidores del rey Luis Felipe, y como decía el duque Víctor de Broglie, «echaban de menos esas instituciones generosas, obra y orgullo de sus mejores años.»

La Academia Francesa era el punto de reunión de una oposición inteligente que conservaba, por decirlo así, un carácter puramente académico y de la cual hubiera hecho mal el gobierno en alarmarse. El 5 de abril de 1856 se había verificado la recepción del duque de Broglie en reemplazo del conde de Saint-Aulaire, uno de los mejores diplomáticos de la monarquía de Julio. El duque aprovechó esta ocasión para hacer un elocuente elogio de Luis Felipe, expresándose de este modo: «Honrado por espacio de tantos años, no diré con su amistad, pero sí con sus bondades; llamado muchas veces á sus consejos, conservando á su memoria una fidelidad inútil y sin mérito á mi edad, aguardo con confianza el juicio que hará la historia; la historia dirá si los diez y ocho años de paz que nos ha dado han sido en detrimento del honor y de los intereses del país; si su cordura y prudencia no han entrado por algo en la prosperidad cuyos frutos cosechamos á manos llenas; si el ejército que formó se ha mostrado digno de Francia; si sus hijos se han mostrado dignos de este ejército.»

El 26 de marzo de 1857 tuvo lugar la recepción del conde de Falloux que reemplazaba al conde Molé y que encomió con justicia á este gran ministro del rey Luis Felipe.

Napoleón III tuvo el buen sentido de no llevar á mal los homenajes tributados á su predecesor. Cuando el duque de Broglie, en su calidad de nuevo académico, fué á las Tullerías á hacer su visita oficial, el monarca le recibió con su acostumbrada afabilidad y le dijo: «Deseo, señor duque, que vuestro nieto hable del 2 de diciembre como vos habéis hablado del 18 brumario.»

Por desgracia, los periódicos imperialistas tenían menos tacto que el emperador. M. de la Gorce ha dicho con razón: «Napoleón III hablaba mejor que sus agentes, mejor que sus ministros y sobre todo mejor que sus aduladores.» Los periódicos oficiales y semioficiales alababan sin reserva, sin distinción, todos los actos de la autoridad, y atacaban inútilmente en su pasado y en sus presuntas tendencias á los antiguos partidos.

La prensa, á la que se llamaba cuarto poder del Estado, en la época en que se contaban en el Estado tres poderes oficialmente reconocidos, no ejercía más que una misión secundaria desde el régimen de 1852. Los periódicos, no siendo ya órganos fieles de los partidos, podían á lo sumo recoger tímidamente y reproducir con frases veladas los ecos debilitados de la opinión, de la que pretendían ser representantes. Sin embargo, algunos de ellos, á pesar de las trabas puestas á la libertad de escribir, conservaban un prestigio real, y el estilo cortés y mesurado de sus artículos no perjudicaba al talento de sus redactores.

Tal era la situación general cuando, al cabo de cinco años, el gobierno sa-

lido del golpe de Estado y del plebiscito hizo un nuevo llamamiento al sufragio popular. En 1857 debía efectuarse la renovación del Cuerpo legislativo. El *Moniteur* del 12 de junio felicitaba á la Cámara cuyos poderes acababan de expirar, por no haber transformado la tribuna en pedestal para el interés ó la ambición, ni deliberado dejándose llevar de las pasiones políticas, ni improvisado esas enmiendas que en otro tiempo perturbaban toda la economía de las leyes. La votación para la nueva Cámara debía verificarse los días 21 y 22 de junio. Poco



El duque de Broglie

trabajo le costó al gobierno triunfar casi en todas partes. La *Revista de Ambos Mundos* decía en su *Anuario* de 1857: «La nación, cansada de sus largas luchas, satisfecha del reposo de que gozaba hacía cinco años, orgullosa de la situación que le había creado en el exterior la guerra de Oriente, terminada con una paz honrosa, se dejaba llevar fácilmente por la corriente del Imperio.» Los prefectos ejercían en las masas dóciles una acción decisiva, y los candidatos gubernamentales no tenían competidores casi en ninguna parte. Los legitimistas no se presentaban porque el conde de Chambord les había prohibido que prestaran juramento al emperador. Los orleanistas conocían que aún no había llegado su hora, y los republicanos no podían tener probabilidades de éxito más que en las grandes ciudades. En provincias sólo resultaron elegidos cuatro candidatos combatidos por el gobierno: MM. Curé, Henón, Plichón y Brame, y aun los dos últimos eran independientes y no hostiles. En París triunfaron cinco

republicanos, M.M. Carnot y Goudchaux en el primer escrutinio, y el general Cavaignac, Emilio Ollivier y Alfredo Darimón en el segundo. Tal fué el germen de una oposición destinada á crecer sin cesar hasta llegar á ser formidable en pocos años.

El 16 de julio, en el momento en que terminaban en París las elecciones de empate, se supo que Beranger acababa de morir. La emperatriz se abstuvo aquella noche de ir al teatro. El emperador decidió pagar de su bolsillo particular las exequias del *poeta nacional*, las cuales se celebraron en la iglesia de Santa Isabel.

La agitación electoral no tuvo consecuencias. «Hoy que la lucha ha terminado, decía el *Moniteur*, y que una mayoría de más de cinco millones de votos ha patentizado los sentimientos del país, se debe poner fin á unas discusiones que en adelante no podían tener más objeto que agitar inútilmente los ánimos.» La prensa se calló y todo volvió á su orden acostumbrado.

Argelia estaba pacificada como Francia. A consecuencia de una expedición hábilmente dirigida por el mariscal Rancón, la Kabilia se había sometido y los árabes obedecían tan dócilmente á Napoleón III como los franceses. Los imperialistas no cesaban de repetir que el Imperio era inquebrantable.

VIII

LA CUESTIÓN DE LOS PRINCIPADOS

En punto á política exterior, las ideas de concordia y de pacificación universales que parecían haber prevaecido en el Congreso de París, no presidían ya en las relaciones de las potencias. El tablero diplomático estaba completamente trastornado. Iba formándose un sistema de alianzas absolutamente inesperado. La nueva agrupación de las potencias era el antípoda de lo que había sido durante la guerra de Crimea. Con gran sorpresa de los diplomáticos de profesión, Europa se encontraba de pronto dividida en dos campos: por una parte Inglaterra, Austria y Turquía; por otra Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña. La cuestión de los Principados danubianos era la causa de cambio tan brusco.

Luis Thouvenel, en una obra curiosa y substancial, cuyos elementos sacó de los papeles inéditos de su ilustre padre, ha trazado con rara precisión todas las fases y todos los detalles del debate. Esta obra lleva por título: *Tres años de la cuestión de Oriente, 1856-1859*. El autor ha comprendido muy bien la importancia de este asunto de los Principados en virtud del cual Napoleón III dejó adivinar todo el programa de su política exterior, y que fué, por decirlo así, el prólogo de la guerra de Italia. Luis Thouvenel lo ha dicho con mucha razón: «Jamás se ha sabido á punto fijo hasta qué punto ha servido la cuestión de los Principados danubianos para originar y mantener la tirantez entre los dos gabinetes de París y Viena. Para nosotros la lucha de 1859 empezó ya en 1857. En política, como en amor, no hay peores enemigos que los amigos decaídos de la víspera.»

Durante el Congreso de París, los plenipotenciarios franceses habían propuesto la reunión de los dos principados de Moldavia y de Valaquia en uno solo bajo la autoridad de un príncipe extranjero y la soberanía de la Puerta. Como esta combinación suscitara las más vivas objeciones por parte de Turquía y de Austria, no se quiso comprometer la obra impacientemente esperada de la paz general, se aplazó la solución de una cuestión que daba lugar á tan graves controversias y se decidió que una comisión europea pasara á los Principados para recoger los votos de las poblaciones.

Napoleón III veía en semejante combinación el modo de poner en vigor sus dos ideas favoritas: el principio de las nacionalidades y el derecho de los pueblos á disponer de su suerte. Sosteniendo esta tesis, iba ensayándose por

decirlo así, é introducía en los Balkanes el programa que debía ser el de su política en Italia. El Austria adivinó este plan é hizo á la unión de los Principados una oposición más encarnizada que la misma Turquía, la cual veía en el sistema preconizado por Napoleón III un grave ataque á la integridad del imperio otomano y la señal de la emancipación de los cristianos.

El gran visir Alí-Bajá decía á M. Thouvenel en 1856: «Las antiguas capitulaciones conceden á los váacos y á los moldavos príncipes escogidos entre sus boyardos. No nos hemos comprometido *ab antiquo* más que á aceptar esta condición. Los váacos y los moldavos no pueden modificarla sin nuestro asentimiento, y desde el momento en que quieran tener un príncipe extranjero se tornan facciosos. En cuanto á Europa, tan poco derecho le asiste para obligarnos á ello como le asistiría para obligar á Austria á admitir en Pesth un virrey designado por ella, aun dejándole la soberanía de Hungría.» Hay que convenir que la tesis del gran visir estaba conforme con las estipulaciones internacionales y con la doctrina inglesa que á la sazón defendía, como un dogma, la integridad del imperio otomano. Para combatir ventajosamente la teoría de Turquía, de Austria y de Inglaterra, era menester invocar victoriosamente los derechos que tienen los pueblos para decidir de su suerte. Esto era, en diplomacia, una verdadera revolución.

Cuando Napoleón III proclamó este principio, casi todos los diplomáticos franceses, incluso su embajador en Constantinopla M. Thouvenel, le censuraron. Éste dirigía entonces á su amigo M. Benedetti, director de los asuntos políticos en el ministerio de Negocios extranjeros, cartas particulares llenas de amargas críticas sobre la política exterior de su gobierno. El 10 de noviembre de 1856 le decía: «¿Estáis bien seguro de que esos falaces diarios no nos han engañado anunciando que el 8 de septiembre de 1855 Sebastopol se rindió ante los esfuerzos combinados de Francia é Inglaterra?... ¡Oh! Los grandes señores de Moscou hacen mal en burlarse de las lágrimas del sensibilísimo Morny; antes al contrario, deberían recogerlas como perlas. Lo cierto es que he venido á parar en estar aliado con M. de Butenieff (el ministro de Rusia en Constantinopla) y que por añadidura estoy enemistado á medias con él, lo cual ofrece promesas risueñas para el porvenir. En el fondo, malditas las ganas de reir que tengo. Todo esto es tan grave en realidad como lastimoso en apariencia.»

M. Thouvenel veía las cosas muy negras y no auguraba nada bueno de la campaña que á pesar suyo llevaba á cabo en Constantinopla contra los antiguos aliados de Francia. Por esto escribía á M. Benedetti: «Tengo un olfato que jamás me ha engañado y he escrito á Atenas oficialmente en 1850 que la cuestión de los Santos Lugares ocasionaría la guerra. La de los Principados danubianos acabará como la de Egipto en 1840, lo que, á Dios gracias, es ya bastante.»

Thouvenel, que dos años después debía ser el más ardiente partidario de la

causa nacional italiana, no se mostraba en 1857 favorable á la nacional rumana, y no parecía participar de las ideas humanitarias y avanzadas de su soberano. «El resultado es de los más dudosos para nosotros, decía, y á nuestro parecer, nos damos sobrado trabajo para hacer figurar el agradecimiento de los rumanos á la par que el de los helenos en el museo de nuestras decepciones políticas. Me desespera el modo como se conducen nuestros asuntos exteriores, y en nuestra historia seguirá un capítulo severo al relato de la última guerra.» (Carta al duque de Gramont, 26 de mayo de 1857.)

M. Thouvenel echó por fin de ver que la cuestión rumana era, en la mente del emperador, el preludio de la italiana, y entonces comprendió lo que en un principio le había parecido inexplicable. «Me intereso por nosotros un poco más que por los rumanos, escribía á M. Benedetti, y me parece que significando de antemano á esos señores lo que pueden esperar de nosotros, será echar el cuerpo fuera de un juego confuso y peligroso. Por supuesto, que me expreso así en la hipótesis de que en nuestra política no hay otro pensamiento oculto, y que *no nos guía el propósito de arreglar en el Po* las cuestiones suscitadas en el Danubio. Si hay algo escondido, ya no digo nada.»

En efecto, había algo escondido, y M. Benedetti no se abstuvo de decir al embajador que la política adoptada por el ministerio de Negocios extranjeros en la cuestión de los Principados danubianos era la política personal del emperador. M. Thouvenel contestó: «Os agradezco que me hayáis revelado el *secreto* de vuestra tenacidad con motivo de la unión de los Principados. Sólo me resta dejar correr las cosas.»

Pero las cosas se habían complicado singularmente en Constantinopla, y la lucha entre la Puerta, Austria é Inglaterra por una parte, y Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña por otra, había adquirido un carácter muy agudo, y sobre todo encarnizado contra los dos embajadores de las naciones que se decían unidas por una *inteligencia cordial*. El 18 de junio de 1857, queriendo lord Strafford celebrar un aniversario doloroso para los franceses, daba en Pera un gran banquete al que invitaba al encargado de negocios de Prusia. Aún no se había borrado el recuerdo de Waterloo.

Cuanto más se afirmaban las aspiraciones nacionales de los rumanos, más se obstinaba el embajador de Inglaterra en aniquilarlas *per fas y nefas* de acuerdo con Turquía y Austria. En vano era que la comisión europea, en la que Francia estaba representada por el barón de Talleyrand-Perigord, hiciese constar los verdaderos deseos de los dos Principados. Conforme escribía este último, era evidente que así en Moldavia como en Valaquia la unión estaba en el fondo de todos los corazones honrados. El comisario francés fué acogido en Jassy con entusiasmo: los gritos de «¡viva Francia!, ¡viva el emperador!» eran unánimes. Pero la diplomacia inglesa, austriaca y otomana tenía por nulo el principio de las nacionalidades.

El príncipe Vogorides, á quien el sultán había nombrado caimacán en Jassy,

compuso las listas electorales para el diván moldavo con una parcialidad tan evidente y apelando á manejos tan fraudulentos, que la mayoría de los electores se negó á votar. «Vogorides ha arrojado la máscara, escribía M. Thouvenel. Procede á garrotazos, con tanto fraude y tanta violencia que daría envidia á los más expertos en la materia. Me he puesto en oposición con la odiosa mistificación que nos prepara.» Los comisarios de Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña en los Principados protestaron solemnemente contra semejantes elecciones. Austria, la Puerta é Inglaterra quisieron hacerlas admitir como válidas, porque su validez habría sido el triunfo de los anti-unionistas.

El escándalo que se producía indignó á Napoleón III, quien dijo en mayo de 1857 á Mehemet-Djemil-Bey, embajador de Turquía en París: «No podemos ofendernos porque todos no sean de nuestro parecer; pero tenemos el derecho de pedir que se porten lealmente con nosotros, y no se procede así en los Principados. Sentiría que nos enemistásemos por esta cuestión.»

El emperador, que afirmaba por primera vez su dogma favorito, el principio de las nacionalidades, tenía empeño en que su primer ensayo acerca de este punto fuera un golpe maestro. Formó la inquebrantable resolución de conseguir á todo coste la anulación de las elecciones moldavas, y no fiándose ya en sus diplomáticos, se decidió bruscamente á pasar á Osborne para defender él mismo ante la reina la causa de la nacionalidad rumana. El 5 de agosto, antes de embarcarse para Osborne, prescribió por telégrafo á su embajador cerca del sultán que pidiera la casación pura y simple de las elecciones moldavas, y si no se conseguía inmediatamente esta satisfacción, que rompiera solemnemente las relaciones diplomáticas entre Francia y Turquía. Y esto fué lo que sucedió.

El 6 de agosto al mediodía el *Ajaccio* fondea delante del palacio de la embajada de Francia. M. Thouvenel está en la terraza del palacio con todo el personal de su misión. Al resonar el vigésimo primero de esos cañonazos «que, dice, habrían debido despertar remordimientos en el alma de lord Strafford,» saluda por última vez los colores nacionales «con la emoción patriótica, pero con la tranquilidad de conciencia que consuela al comandante de la tripulación de un barco obligado á arriar su pabellón.» Allí están algunos amigos de Francia, Mme. Conduriotis, esposa del ministro de Grecia, el príncipe Lobanoff, el príncipe Stourdza, el marqués de Souza, ministro de España, y M. Testa, ministro de Suecia. En el momento solemne en que se arría la bandera tricolor, los marineros del *Ajaccio*, de pie sobre cubierta y en las vergas del buque, lanzan el grito de ¡viva el emperador!

Algunos minutos después de la salva, el embajador pasa á bordo del *Ajaccio*, y en tres cuartos de hora llega á Dolma-Baghtche, residencia de Abd-ul-Medjid. «Señor, le dice, hace una hora que no hay ya embajador de Francia en Constantinopla; pero, simple particular, á quien V. M. ha honrado con sus bondades, vengo á despedirme de V. M.»

Ab-dul-Medjid le contestó: «¡Cuánto deploro que un suceso como este, la

ruptura con una potencia que ha hecho tanto por mi imperio y por mí, ocurra reinando yo!»

«No quiero prolongar una escena, replicó M. Thouvenel, que lastima el corazón de V. M. así como el mío. Me retiro, pues; pero, en este momento doloroso, lo que me anima es la conciencia de haber cumplido hasta lo último mis deberes para con el emperador y para con V. M.»

El embajador saluda. El sultán le sigue hasta lo alto de la escalera, y le mira mientras está al alcance de su vista en la actitud de una «estatua de la desesperación.»

M. Thouvenel escribe á Napoleón III: «Pido al emperador permiso para expresarle el dolor que he sentido al arriar su bandera ante la ingratitud y deslealtad de nuestros adversarios, á dos pasos de los cementerios en que descansan treinta mil de nuestros bravos soldados.»

Tal era la situación cuando Napoleón III llegó á Osborne.